

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN DE DIOS.

(DE TRONCOSO.)

Unxit eum Deus Spiritu sancto et virtute, qui pertransiit benefaciendo et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo.

Ungióle el Señor con el Espíritu santo y su virtud; y él pasó su vida haciendo bien en todas partes, y curando á los que estaban bajo la opresion del demonio, porque Dios estaba con él.

Act. c. 10. v. 38.

La obra mas grande de la Divina gracia, el fin único á que dirige todos sus esfuerzos, es el hacer de los hombres otras tantas imágenes y copias perfectísimas de Jesucristo, á quien el mismo Padre eterno constituyó primogénito entre muchos hermanos. Para esto los ha llamado, segun el lenguaje del Apóstol, llamándolos los ha justificado (1), y justificándolos, háceles triunfar, en virtud de aquel que les amó hasta la muerte, de las adversidades de la vida, de las pasiones y de las debilidades todas de la naturaleza.

No seré yo quien por efecto de una devocion extremada hácia el objeto de nuestros cultos, me atreva á decir que san Juan de Dios es entre todos los demas bienaventurados á quienes la iglesia decreta homenajes públicos, la copia mas acabada, la imagen mas fiel de aquel divino original. Venero cuanto es debido aquellos grandiosos espectáculos con que plugo á la poderosa diestra del Señor hermohear en todos los siglos á su amada

(1) *Ad Rom. c. 8. v. 29 et 30.*

esposa la iglesia. Donde quiera que fijo mi vista se ofrece á mi admiracion muchedumbre portentosa de héroes extraordinarios que, marchando por las huellas que con su ejemplo dejó trazadas nuestro adorable Salvador, se hicieron acreedores por su puntual imitacion á los honores que tan justamente les rinde el cristianismo.

Séame no obstante permitido decir, que entre la vida del inclito Juan de Dios y los rasgos que caracterizan la vida del Dios Hombre, se hallan unos puntos de afinidad tan brillantes y asombrosos, que difícilmente podrán hallarse mas parecidos en ningun otro santo. Toda la vida del Salvador no fué sino un ejercicio continuado de beneficencia. El príncipe de los apóstoles compendia todos los hechos de su divino Maestro en estas sublimes palabras: «era un varon que lleno de los dones del Espíritu santo corria por todas partes haciendo bien, derramando socorros en los pobres y enfermos, y sanando á cuantos se hallaban oprimidos bajo el yugo del demonio (1).» ¿Quién pues al leer estas hermosas palabras, no hallará el tipo de la conducta del grande santo cuyas virtudes hoy admiramos? ¿Quién no reconocerá en Juan de Dios un hombre fiel imitador de Jesus de Nazaret, como él ungido con el Espíritu santo, émulo de su caridad ardentísima hácia los indigentes y enfermos, cuyos pasos donde quiera que marchaba siempre se encaminaron á hacer bien, y mas que todo á arrancar las almas de aquellos cuyos cuerpos sanaba de la opresion de la culpa y del poder del infierno?

Tal es en efecto, católicos oyentes, el carácter esencial de nuestro héroe; y en su consecuencia nada creo aventurar llamándole el héroe de la caridad y la copia acabada y perfecta de Jesucristo. No hagamos mas que bosquejar lijeramente los principales acontecimientos de su historia; sigámosle con rapidez en los diversos pasajes de su vida, y siempre le encontraremos copiando en su persona los rasgos de aquella beneficencia sobrenatural y divina que forma el complemento de la religion de Jesus y el carácter de este su augusto fundador; hallaremos en fin que fué un varon lleno del espíritu de Dios, destinado por la Providencia para solazar las enfermedades de los pobres y desvalidos y extraer al tiempo mismo las almas

(1) *Act. c. 10. v. 38.*

del abismo del pecado; y tanto en la caridad corporal que Juan de Dios ejerció en favor de los necesitados y enfermos, como en la caridad espiritual que ejerció en favor de las almas, admiraréis lo mas sublime y heróico de la caridad del Hombre Dios. De donde inferireis que Juan de Dios se hizo por medio de esta virtud la imágen mas perfecta del Dios de la caridad. Hé aquí todo el asunto del presente discurso. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Cuando me propongo haceros ver en el héroe que hoy celebramos la imágen perfecta de aquel Hombre Dios que descendió del seno del eterno Padre, para enseñar á los hombres por medio de la caridad que todos son hermanos queridos en aquel que con su sangre los compró á todos y los rescató del imperio de Satanas; cuando mi principal y exclusivo objeto es presentaros en Juan de Dios al mas fiel imitador de aquel que, desprendiéndose de toda la gloria con que fué engendrado desde la eternidad entre los luminosos resplandores de los santos, cifró su única grandeza en hacer bien á todos á costa de mil disgustos y sinsabores, de persecuciones sangrientas, de odios, de enconos y de todo género de mortificaciones; inútil de todo punto seria detenerme en trazar un bello cuadro de las señales portentosas que anunciaron al mundo el héroe de la caridad: ménos aun de las proezas con que se distinguió como hombre de gran corazon en circunstancias difíciles y azarasas.

Cuente quien quiera el vaticinio que prometió la aparicion de este astro de primera magnitud, reservado en los tesoros de Dios para fecundar un dia al universo con la saludable lluvia de toda suerte de beneficios. Aplauda en buen hora su fidelidad á la divina gracia que desde los primeros años de su vida le guió por sendas escabrosas y difíciles, y á traves de penalidades y trabajos sin cuento. Yo no haré mas que presentaros aquella caridad sin ejemplo, que desde que tuvo ser acompañó todos sus pasos y fué el móvil de todos sus pensamientos. Las manos poderosas del Altísimo dotaron á Juan de Dios de un corazon en extremo compasivo, que sensible á todo género de males y miserias, sabia identificarse con las desgracias de sus prójimos, y sentir como propias las privaciones y adversidades de todos cuantos padecian. No bien se habian descubierto los primeros

albores de la aurora présaga de la razon de nuestro santo, y ya se veía arder en su pecho aquel noble fuego de caridad que despues habia de encender á imitacion de Jesucristo en toda la tierra, y cuyas llamas se propagarian un dia por medio de sus hijos hasta climas no conocidos. No os pareis á admirar estos rasgos débiles, si bien hermosos, de su gran beneficencia. Antes de levantarse Juan de Dios á la altura á que Dios le destina, debe experimentar por todas vias lo que es el corazon del hombre, á lo que puede llegar y cuánto es capaz de sufrir. Le veréis en su tierna edad abandonado en el camino de Oropesa y reducido á tolerar todas las incomodidades del campo en el ejercicio de pastor. Le contemplaréis en su juventud probando todas las privaciones y luchando contra todos los peligros de que está sembrado el ejercicio de la milicia, bajo los estandartes del emperador Carlos V, adonde le conduce su genial fogoso y naturalmente intrépido. Aquí le hallaréis nadando en su propia sangre, y vuelto casi milagrosamente á la vida á vista de sus enemigos; allí acusado de un hurto que no cometiera, y próximo á terminar su existencia en un afrentoso patíbulo. ¡Oh Dios, por qué caminos al parecer tan desusados conduces al que ha de ser un dia el mas fiel imitador de tu Hijo unigénito! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios! ¡Y es posible que hayas de permitir que Juan de Dios se extravíe de las sendas de la virtud que con tanta gloria emprendió en sus primeros años, y olvide aquellas ideas religiosas que con la leche mamó á los pechos de su virtuosa madre? Sí, católicos, este hombre que ha de ser el genio protector de los pobres enfermos y desvalidos y el apóstol de las almas ulceradas con el crimen, se deja llevar por algun tiempo como otro Saulo de las ilusiones del vicio; pero bien presto, iluminado como él, le veréis convertido en un vaso de eleccion que ha de llevar por todas partes el nombre de Dios, y fundar el reino de la caridad mas heróica. La generosa resolucion con que se consagra al penoso trabajo de albañil en las obras públicas, por afianzar con su cortísimo salario el alimento de una familia desolada que marchaba desterrada á Ceuta, fué, por decirlo así, el primer ensayo de aquella obra grandiosa de beneficencia cristiana que despues habia de cubrir toda la redondez del globo, y como las primicias de aquella caridad con que, volando un dia en alas de su celo donde quiera que escuchaba los clamores de la indigencia, habia

de hacerse padre del huérfano, protector de la viuda, amparo del enfermo y asilo universal de los desvalidos.

En vano pues Juan de Dios anhelando la corona del martirio, concibe el heroico designio de internarse en el África, é insultando los peligros y la muerte misma, se propone predicar en Túnez y Argel el Evangelio de Jesucristo. La voz del Señor le llama á España, teatro que le tiene destinado para consagrarle á un nuevo género de martirio no ménos glorioso que el de la sangre: y con voz perceptible le hace saber el punto á donde debe caminar, diciéndole: Juan de Dios, Granada será tu cruz. No es necesario mas: el héroe de la caridad desprecia las ventajosas conveniencias que un tio suyo le propone para disuadirle de sus intentos; desatiende los clamores y cobardes consejos de la política; hácese insensible á las súplicas de la amistad; y deseoso únicamente de hacerse en todo conforme á la imágen de Jesucristo, corre en pos de aquella cruz que el cielo le ofrecia, lleno de un júbilo indecible y de un enajenamiento celestial. Efecto de esto fué aquella accion verdaderamente extraordinaria que le produjo los mas indecibles padecimientos, al par que una gloria que ha pasado hasta la posteridad. No bien ha entrado en la ciudad de Granada, cuando inspirado sin duda por un vivo deseo de humillacion, concibe el designio de fingirse demente: y en su consecuencia sale por la ciudad haciendo extremos que llaman vivamente la atencion del público. No es difícil inferir las burlas, los denuestos, los malos tratamientos que Juan de Dios hubo de sufrir en este lance. Corren tras de él los muchachos y gente ociosa; los unos le lanzan pedradas; los otros descargan sobre él recios golpes; estos le arrojan por el suelo; aquellos ejercen con él toda especie de desórdenes; y entre tanto el humilde discípulo de la cruz se regocija en silencio de imitar en su cuerpo los padecimientos de su maestro, y los ofrece en expiacion de sus pasados extravíos. Ni el verse encerrado en el asilo de los locos, y como tal azotado y castigado con todo género de privaciones, fué suficiente para desalentarle y hacerle desistir de su empresa. Ambicionando mas los sufrimientos y los desprecios, que el avaro el oro y las riquezas, Juan de Dios hubiera continuado en su ficcion, si un nuevo Ananías, el venerable padre Juan de Ávila, conocido por el apóstol de Andalucía y célebre por su saber y virtudes, no le hubiese mandado cesar en su aparente demen-

cia, haciéndole ver que Dios le tenia reservado un nuevo destino en que habia de padecer y hacer cosas mas gloriosas por el nombre de Jesus.

Obedeció en efecto nuestro santo á la voz de aquel oráculo; y sintiendo desde aquel punto revivir en su alma con un maravilloso acrecentamiento la tiernas simpatías y compasiva caridad que desde su cuna le distinguió hácia los pobres enfermos, se resuelve á consagrarse perpetuamente á este género de obras de piedad. Su primer cuidado es buscar una casa en donde recoger todos los enfermos abandonados que halla por las calles de Granada: en seguida pidiendo limosna de puerta en puerta, interesa la caridad pública en favor de aquellos seres desvalidos; y su caridad infatigable logra á precio de desvelos, privaciones y trabajos, zanjar los fundamentos de un establecimiento que despues vino á ser uno de los mas célebres hospitales de Europa.

¿Quién podrá expresar la caridad de Juan de Dios, en aquel asilo do se hallaban reunidas todas las enfermedades y las miserias todas de la humanidad? ¿Quién será capaz de formar una idea exacta de su solicitud, de sus desvelos, de su cariñoso cuidado en favor de tantos pobres y desvalidos? ¡Con qué amor prodiga todos los servicios que demanda su situacion! ¡Con cuánta dulzura tolera sus molestias y sobrelleva sus desdenes! ¡Con qué paciencia limpia sus heridas, mulle sus camas, y les sirve en los mas humildes ministerios! Oh! aquí es en donde Juan de Dios se hizo en todo conforme á la imágen de Jesus. Bien así como este Salvador benéfico, cuando recorría los pueblos de la Judea, veíase donde quiera rodeado de indigentes que demandaban socorro, de tullidos que le pedian salud, de moribundos que reclamaban consuelo; nuestro santo ni un solo instante se vió separado de estos tristes espectáculos; por todas partes hallaba objetos de su caridad; y en las calles, en los templos, en la ciudad, en los campos, siempre se le halló ejerciendo su beneficencia en favor de propios y extraños, de peregrinos y extranjeros. Juan de Dios hallaba otros tantos hermanos cuantos eran los menesterosos y enfermos. Donde quiera que veía una necesidad, allí volaba en alas de su caridad para remediarla; su hospital era el asilo universal de todos cuantos padecian.

No importa que el infierno suscite contra él persecuciones y

antipatías. También Jesucristo su divino modelo se vió hecho el blanco de los envenenados tiros de fariseos hipócritas y de censores malignos. Juan de Dios que solo aspira á retratar en su persona la imágen fiel del Hombre Dios, no se conmueve con las calumnias ni se desalienta con las invectivas humanas. Grite en buen hora la falsa política contra el humilde y caritativo bienhechor de los pobres. Levántese Granada contra su naciente instituto, como en otro tiempo Roma se alzó en masa contra el cristianismo. Vociferen los sabios segun el mundo, y á voz en cuello llamen supersticioso y soñador á un hombre que solo busca miserias que remediar y dolencias que dulcificar. La caridad es superior á todas las pasiones; la caridad vence todos los obstáculos; la caridad triunfa de todos los enemigos; la caridad en fin facilita las cosas al parecer imposibles. El arzobispo de Granada visita el hospital de Juan de Dios, y encantado del orden, del aseo y del esmero que allí reinan, y mas que todo de la caridad de aquel hombre portentoso, bendice sus tareas y se declara su protector. Felipe II llega á entender los prodigios de su beneficencia heroica; le llama á su presencia, aplaude su caridad y enriquece el establecimiento de una manera digna de tan liberal monarca.

De este modo la diestra del Altísimo, que por medio de un hombre el mas despreciable á los ojos de un siglo superficial y orgulloso, plantara en el mundo este árbol fecundo de caridad, fibale criando con el jugo de su proteccion divina para extender un dia sus ramas hasta las extremidades del globo en los hijos del ínclito Juan de Dios. Mas no se juzgue que el heroísmo de este varon santo se limitase únicamente á ejercer la caridad corporal. Si en esto imitó maravillosamente á su divino modelo Jesus, no se hizo ménos semejante á él en su caridad espiritual. Habéisle contemplado como un varon que, lleno del Espíritu santo, corria por todas partes haciendo bien y derramando socorros en los pobres y desvalidos: *Unxit eum Deus Spiritu sancto et virtute, qui pertransiit benefaciendo*. Pues preciso es le admireis llevando su caridad al grado mas heroico y sublime, y curando junto con los cuerpos las almas de los que se hallaban bajo la opresion del demonio, en el abismo de la culpa: *et sanando omnes opressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo*. Ved aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Jamas pude avenirme con la opinion de aquellos que, no reconociendo en la cristiana caridad otro ejercicio que el que la hace mas recomendable y grata á la vista material de nuestros ojos, no eligen otras flores para tejer la guirnalda al ínclito san Juan de Dios, sino su lastimera compasion hácia los pobres, su conmisericion con los enfermos y la fogosa actividad de su celo en proveer á las necesidades corpóreas de sus prójimos. Parece que solo le juzgan acreedor á los aplausos y ovaciones cuando le miran ya cruzando las calles en busca de mendigos que conducir al hospital; ya arrimado al triste lecho de un enfermo consolándole y sirviéndole por sus manos el sustento; ó ya en fin estrechando á un moribundo que desfallece y exhala los últimos alientos en los brazos de su protector.

Ah! Engáñase torpemente quien juzga conocer á san Juan de Dios, cuando solo fija su vista en esta porcion la ménos noble y principal de su virtud. Muy menguados serian los quilates de la caridad de este hombre portentoso, si no la hubiera encaminado á una esfera mas superior y ventajosa. Sí, católicos; nuestro héroe conociendo el precio infinito de las almas redimidas con la sangre de un Dios, mirábalas como el objeto mas interesante de su benéfica solicitud; y á imitacion del divino Redentor, curarlas de sus dolencias espirituales y arrancarlas de la opresion de la culpa, era el blanco á donde enderezaba los afectos de su cristiano corazon. Desde el momento en que reconoció que la providencia del Señor le destinaba á consagrarse al servicio de sus prójimos, hizose cargo de que su salvacion eterna debia interesarle aun mucho mas que sus alivios temporales. No perdiendo jamas de vista aquel modelo que un dia le pusiera ante sus ojos la divina Reina de los cielos, cuando le concedió el insigne favor de estrechar entre sus brazos el fruto benditísimo de su casto seno, siempre hizo de su caridad corporal el medio de insinuarse en las almas, para curar la corrupcion de las costumbres é inspirar en los corazones ulcerados con el crimen el arrepentimiento y la compuncion. En pos de esta margarita preciosa corria sin cesar, buscábala donde quiese, y por su asecurion no dudaba consagrarse á todo linaje de fatigas y sudores.

¿Y qué otra cosa hacia en esto Juan de Dios sino conformarse con las ideas de Jesucristo, identificarse con sus sentimientos, hacerse su imagen perfecta y acabada? Seguid al divino modelo en todos los pasos de su vida, y le hallaréis uniendo á los milagros continuos de su beneficencia hácia los menesterosos, lo mas exquisito de su celo en favor de sus almas, á las cuales procuraba ganar por medio de aquellos actos de compasiva humanidad. Si cura con el lodo á los ciegos y les restituye la vista del cuerpo, procura al tiempo mismo abrir los ojos de su alma para que reconozcan su divinidad (1). Si en los desiertos alimenta con pan milagroso á las turbas que por seguirle desfallecen, no cuida ménos de darles con la palabra de vida el espiritual nutrimento para que no desmayen en el camino de la virtud. Si en la piscina de Betsaida sana á los paralíticos inveterados en sus dolencias, exhórtales á no volver á sus antiguas culpas para no recaer en las mismas enfermedades. En suma, católicos, por reasumirlo todo en las palabras de mi texto, al par que el Salvador de los hombres ejercia con ellos la beneficencia corporal, ejercia tambien la espiritual: y sus beneficios todos no tenian otro objeto que el sanarlos de las dolencias de la culpa y arrancarles de la opresion del demonio.

Contemplad ahora á Juan de Dios y le vereis copiar en su persona estos brillantes rasgos de la divina caridad. Aquí le vereis trabajando en fundar casas de refugio en donde encuentra medicina el enfermo, consuelo el afligido, socorro el desgraciado y asilo universal la mendicidad mas extrema; empero lo que principalmente pretende, es santificar el beneficio que reciben sus cuerpos con el mas apreciable beneficio de las almas, y que los rocíos del cielo recaigan sobre aquellos á quienes fecundaron ya las bendiciones de la tierra. Allí le vereis caminar como otro Elías á aliviar la necesidad de una viuda que cubierta de luto y de tristeza, ve á sus hijas traspasadas de hambre y de desnudez; empero el fin mas noble que le dirige á aquella mansion de horror, es el sostener en su inocencia aquellas almas puras, y evitar que el hielo de la indigencia marchite la flor de su virginidad. Ora... Mas ¿á qué detenerme en trazar los rasgos particulares de la vida de Juan de Dios, cuando en toda ella no hubo un solo momento que no consagrarse al he-

(1) Joan. c. 9.

roico ejercicio de la caridad espiritual, á la salvacion eterna de sus hermanos? No hay cosa comparable al dolor que en su corazon producía la mas leve ofensa cometida contra el Criador. Ni David llorando en la mayor amargura de su alma las culpas de su ingrato pueblo; ni el profeta del Carmelo lamentándose de los desórdenes del impío Israel; ni Jeremías expresando su excesivo pesar por las abominaciones de la prostituída Jerusalem mas que leves sombras de Juan de Dios cuando veía ultrajada por los hombres la majestad adorable del Dios del cielo y de la tierra. ¡Cuántas veces para detener los rayos exterminadores de la eterna justicia, se ofreció á ser la víctima de los pecados ajenos! ¡Cuántas veces como otro Moises se le vió pedir al Señor que perdonase á su pueblo criminal, ó le borrara á él del libro de los vivientes! Mas no se limitaba la caridad de este gran corazon á formar votos y á hacer plegarias en favor de los pecadores. No hubo medio ni ardid que no emplease para ablandar los corazones mas empedernidos, para desterrar de las familias el genio fatal de la discordia, para enlazar corazones separados con odios inveterados, para quebrantar en fin las cadenas de los que gemian bajo el yugo del pecado.

¿Veis aquel hombre que bañados sus ojos en amargo llanto, abrazando con una mano la imagen del Redentor del mundo y con la otra una dura disciplina, se introduce en los asilos de la prostitucion, y postrándose ante aquellas víctimas infelices consagradas al horrible Asmodeo en las aras de la liviandad, las exhorta, las pide, las ruega con ternura que despierten del funesto letargo en que las tiene sumidas el crimen? Pues es Juan de Dios, que ardiendo en la llama de una caridad que ahoga su corazon, no duda mezclarse con aquellos vasos de ignominia, por ver si puede convertirlos en vasos de honor y santificacion. ¿Veis aquel que poniéndose de atalaya á las puertas de aquellas casas en que el vicio está venal, en donde en la dorada copa de Babilonia se apura hasta las heces la muerte, sale al encuentro á los hombres que ve correr al precipicio, y les pide por las entrañas de Jesucristo que desistan de sus torpes designios? Es Juan de Dios que, herido vivamente del lastimoso estado de sus hermanos, no teme exponer su vida misma á trueque de evitar la muerte de los que á tanto precio fueron rescatados de la ominosa esclavitud de Satanás.

Oh ángeles del cielo, moradores de la eterna Sion! ¡Cómo

os gozarais al ver numerosa muchedumbre de hombres perdidos, de mujeres envilecidas por el crimen, que arrastradas con dulce violencia por las exhortaciones de ese hombre singular, prorumpen en sollozos, lloran con amargura indecible sus extravíos, demandan con instancia ser lavadas en las saludables aguas de la penitencia, y purificadas de sus horrruras, abrazan una vida cristiana y edificante!

Y á vista de esto, católicos ¿podremos admirarnos de que el Señor recompensase la caridad de Juan de Dios con favores extraordinarios, é hiciese patente al mundo su santidad con prodigios los mas admirables? ¿Qué extraño es le respetasen los elementos, cuando el mismo Dios que tiene en sus manos el imperio del orbe era su protector? Ante sus piés las impetuosas corrientes del Genil se convierten en sólido suelo, sobre el cual marcha intacto cuando va á buscar leña para calentar los helados miembros de sus pobres. Á su presencia deponen su actividad el fuego, cuando habiéndose cebado en las murallas del hospital, se introduce por entre volcanes de abrasadoras llamas para arrancar á sus amados hijos de los brazos de una muerte espantosa y cruel. De este modo el Dios de la caridad hacia gustar anticipadamente á su fiel imitador de los dotes que en breve debian coronarle en la mansion de la inmortalidad. Llegó en efecto el dia de su dichoso tránsito. Juan de Dios en su humilde lecho, rodeado de pobres que habian sido las delicias de su alma y los tiernos y mas caros objetos de su beneficencia, confortado con el pan de los ángeles, abrazado con la imágen de su divino maestro Jesus, y pronunciando su dulcísimo nombre, espira en el ósculo santo. Su cadáver queda arrodillado en tierra en la postura mas interesante, ínterin su alma se abreva ya de los inefables goces de los bienaventurados.

Oh genio benéfico! Oh hombre divinizado! Oh alma la mas semejante á la imágen de Jesucristo! Disfruta en buen hora de la gloria que te han merecido tus acciones heróicas. Tú fuiste el padre de los pobres, el protector de los desvalidos, el amparo de los enfermos, la providencia terrestre de toda suerte de infortunios. Mas ay! tu ausencia lloran millares de víctimas infelices del abandono y de la mendicidad. Tu muerte lamentan todos los desgraciados. Á dónde dirigirán ya sus miradas? Quién enjugará su llanto? Quién les protegerá en su horfandad? Á quién acudirán en sus dolencias? Cese empero vuestro luto,

seres desventurados; consolaos. Verdad es que vuestro padre os falta; digno era del descanso eterno el que por vosotros tanto trabajara! mas quedan sus hijos herederos de su doble espíritu, que con una solemne promesa se obligan á consagrar sus dias al benéfico ejercicio de la caridad. Ya el sumo pontífice Pio V ha aprobado el grandioso instituto de Juan de Dios, y la España, la Italia, la Alemania, la Bélgica y el Nuevo Mundo ven levantarse asilos para los pobres y enfermos, en donde los sucesores de ese héroe inmortal desarrollan toda la actividad que inspira la caridad cristiana en favor del judío, del protestante, del griego, del árabe, de todos indistintamente, porque la caridad de Jesucristo no conoce razas, ni pueblos, ni costumbres, ni leyes; es universal, inagotable, incansable, inmensa é infinita como Dios.

Oh ilustre patriarca! Tú que fuiste la prueba mas evidente de esta verdad tan gloriosa para el cristianismo, lleva á cabo desde el empíreo la obra que comenzaste. Riega esta heredad tuya con las lluvias abundantes de la caridad de aquel Jesus, en cuyo seno disfrutas la perdurable bienandanza. Haz que nunca falte en la iglesia el espíritu de tu instituto. Tengan en tus hijos otros tantos protectores la mendicidad abandonada, la miseria escarrecida y la doliente humanidad. Tengamos todos en ti un abogado benéfico para con el Dios de las misericordias, á fin que con tus ruegos merezcamos en esta vida gracia para imitar tus virtudes, y en especial tu ardiente caridad, y en la otra el eterno galardón que gozas en las mansiones de la gloria.